

aconsejaban contrastarle. Merced á esta política le dejó tomar fortalezas que no tomara de oponerle una ligera resistencia; y tomadas estas fortalezas, le cedió de grado las que todavía estaban de pié, como los castillos de Pisa y de Liorna. Ya se comprenderá por este sencillo relato la causa primera de la destitucion de los Médicis, que poco antes hemos como de pasada mencionado. Reunióse el pueblo en la Señoría; y decidió destituirlos y mandar tres embajadores á Luca donde estaba Cárlos VIII.

Los tres embajadores fueron el jóven ciudadano Nerli; el viejo y ardiente orador Capponni; el monje Savonarola. Este, antes de partirse, pronunció un sermón elocuentísimo, en el cual mostraba cómo la misericordia de Dios por su sola virtud habia hecho una revolucion pacífica en aquel pueblo oprimido, que solo acertaba á salir de su opresion por medio de las revoluciones violentas. En cuanto Pedro de Médicis vió á los tres embajadores alcanzó á comprender la triste suerte que le deparaba su patria y la inapelable sentencia que habia caido sobre su cabeza. Ofreció veinte mil ducados al Rey para que le amparase; congregó la gente de armas bajo el mando de un Orsini que le servia de condotiero; y se personó en Florencia con ánimo de convocar un parlamento sin tardanza y rehacer con fuerza su gobierno. Pero en cuanto llegó á Florencia, los señores le cerraron las puertas de la Señoría; los ciudadanos le persiguieron á clamores y aullidos; los muchachos le arrojaron piedras y barro; y despues de intentar una débil defensa, tuvo que irse á uña de caballo y refugiarse bajo el amparo de los Bentivoglios, tiranos de Bolognia.

Huérfano el pueblo de toda autoridad comenzó á caer en los excesos, que sin servir cosa alguna en su pro, manchan y desacreditan las revoluciones mas santas en su cuna. Las casas de los amigos del poder caido fueron saqueadas; los muros mismos del jardín de San Marcos, donde los tiranos enviaban sus mas preciadas riquezas, asaltados. Bien es verdad que se habia ido Savonarola, en aquel punto, al campo de Cárlos VIII; y habian vuelto los actores de tantas conjuraciones. Y á estas dobles causas de inquietud y desasosiego uníanse las noticias traídas del campamento de Cárlos VIII por los dos embajadores laicos, noticias que mostraban cómo á medida de las complacencias de Pedro, crecieran las pretensiones del monarca sobre Flo-

rencia y sobre Toscana. Pero Savonarola volvió, y volvió con anuncios de mejores nuevas y con reflejos de morales victorias. Presentóse delante del Rey, como quien no teniendo nada, lo arriesga todo con valor y lo dice todo con lisura. Sus presentimientos, entre los cuales se encontraba la venida de Cárlos VIII, anunciados en verdaderas profecías, sirviéronle como de heraldos para anunciarse al Rey, conmover su corazón, cautivar su inteligencia, rendir su voluntad. Frente á frente del poder material brilla con esplendor mas nuevo el poder religioso y moral; frente á frente de las legiones ebrias de combates y armadas de instrumentos de muerte, las legiones de ideas puras que baten sus alas en la celeste inmensidad y que traen sus inspiraciones y sus fuerzas á nuestra pobre vida. Savonarola habló con la majestad, con la elocuencia, con la sencillez, con el imperio moral con que los antiguos profetas bíblicos hablaban delante de los opresores de su pueblo y de los enemigos de su templo. Y el Rey se fascinó al rayo de su mirada, al acento de su elocuencia, al eco de su divino verbo; y dando alguna mayor esperanza, hizo que Savonarola volviese con algun reflejo de victoria y tomase grande ascendiente político sobre aquellas movibles y desasosegadas muchedumbres.

Por fin, Cárlos VIII entró en Florencia. Precisa evocar la ciudad, los trajes florentinos de aquel siglo, la brillantez de las armaduras para representarse exactamente el maravilloso espectáculo de la entrada. Calles estrechas pero cortadas aquí ó allá con monumentos magníficos, palacios y fortalezas á un mismo tiempo. De vez en cuando, por las esquinas aparición súbita de alguna torre gótica en los aires, ó de alguna marmórea estatua en el suelo; magnífico escenario, en el cual caracoleaban los caballos de la briosa juventud florentina; relumbraban los petos y los cascos de los fuertes caballeros franceses; relucian los colores varios de las tropas suizas, con todos los múltiples aspectos que el arte increíble de aquella edad inspirada sabia prestar á todas sus escenas. Los florentinos se imaginaron que aquello era una fiesta, y los franceses que aquello era una conquista, resultando conflicto necesario de fuerzas á consecuencia de este conflicto de engaños en los unos y de esperanzas en los otros. Florencia estaba por extremo inquieta. Dolíanle los alojamientos onerosos en el cuerpo, y las pretensiones

excesivas en el alma. Luego, Cárlos VIII no tenia cualidad alguna ni moral ni física para seducir á gentes tan atenienses como los hijos de la inmortal Florencia. Se necesita verlo en las estampas del tiempo, para comprender cómo debia influir en aquella inspirada poblacion. El traje de terciopelo, el peto sembrado de pedrería, el manto de áureo tisú y blanco armiño, la gorra de plumas, aumentaban la deformidad de su cuerpo; y el empeño por decir cosas graciosísimas en pésimo italiano la imbecilidad de su alma. Habia dado en no irse, mantenido allí por las traidoras promesas de los Médicis. Necesitóse que Capponi usara de toda su energía para imponerle un tratado honroso al pueblo florentino. En las porfías de sus debates, exclamó una vez Cárlos VIII: «Mandaré sonar mis trompetas.»—«Y yo, le respondió Capponi, mandaré sonar nuestras campanas.» No era, no, aquella una jactanciosa amenaza. Pueblo tan ateniense en la paz, sabia ser tambien espartano en la guerra. Como los franceses llevaran varios italianos presos, salieron en su socorro los florentinos. Y como los franceses se apercibieran á resistencia, resolviéronse los florentinos al ataque. Aquella ciudad de los cuadros, de las estatuas y de las flores, que parecia bella musa, de guirnaldas ceñida y armada de cítaras y de paletas, convirtióse en terrible amazona capaz del heroismo y del martirio. Coronáronse de gente armada sus graciosas torres; salieron las bocas de los mosquetes y las puntas de las flechas por los torneados barrotes de sus preciosas rejas; cada logia, consagrada á los coloquios de la poesía y del amor, se erizó de armas como por conjuro; á la puerta de cada casa pacífica y mercantil surgieron por milagros de esfuerzo y de trabajo innumerables barricadas; y los caballeros franceses y los infantes suizos y los capitanes mas duchos en la guerra y mas expertos en la táctica, comprendieron cómo podian quedar aplastados y deshechos en los anillos de aquella vistosísima serpiente, que brillaba como una cinta de joyería si dormida, y que al abrir sus fauces y erguirse irritada, traia en su furor la muerte y el exterminio. Cárlos VIII aceptó las proposiciones de los florentinos; pero no quiso dejar la ciudad. Tantas preseas, tantas joyas artísticas, le tentaban con tentaciones incontrastables. Alojado en el palacio de los Médicis, robó con su propia mano una alhaja, que segun los conocedores de aquel tiempo, debia valuarse en siete mil ducados. Si esto hacia el Rey, puede ya

imaginarse qué harian sus gentes de armas y sus gentes de corte. Florencia no podia soportarlos; y estaba próxima en su dolor á romper por todo y recabar su independencia, aun á costa de los mayores sacrificios. Nadie pudo conseguir del Rey que partiese, sino aquel que llevaba en sus acciones y en sus palabras el poder avasallador de la elocuencia y la incontrastable fuerza de la virtud, Savonarola. Así es que se presentó ante Cárlos VIII; y á las sencillas reflexiones dichas en ardoroso lenguaje, Cárlos VIII se partió de Florencia, como corrido y avergonzado de sí mismo. Savonarola desarmó su cólera en la primer embajada; y le obligó á irse en esta última entrevista. ¿Quién podia ya contrastar su soberano influjo? Así propuso y realizó la reforma de las instituciones; pensó y fundó un nuevo gobierno republicano; organizó el gran consejo ejecutivo; destruyó el parlamento oligárquico de los Médicis; congregó Asambleas mas democráticas; abolió los antiguos impuestos, reemplazándolos por un tributo sobre la renta; decretó la ley de amnistía; restableció el tribunal de comercio; y fundó el monte de piedad, organizando de esta suerte la verdadera República de Cristo, dirigida y mandada por las puras fuerzas del espíritu.